

# UN SENDERO SOBRE ESTA TIERRA ROJA. MIEDO, CENSURA, RETORNOS. LA EXPERIENCIA VITAL DE LOS MÚSICOS ESPAÑOLES ANTES Y DURANTE SU EXILIO EN MÉXICO: TRES ESTUDIOS DE CASO<sup>1</sup>

Consuelo Carredano  
Universidad Nacional Autónoma de México

## RESUMEN

El saldo de la Guerra Civil arrojó fuera de España a cientos de miles de republicanos; alrededor de veinte mil llegaron a México gracias a las políticas de acogida adoptadas por el presidente Lázaro Cárdenas, antes y al finalizar la contienda. En estos desplazamientos se han contabilizado cerca de cien músicos. El trabajo pretende ser un nuevo capítulo en el estudio de la problemática que rodeó la experiencia del exilio de quienes declararon a su llegada ejercer esta profesión. Desde la perspectiva de tres casos destacados: Rodolfo Halffter, Adolfo Salazar y Jesús Bal y Gay, analizamos la implicación de los músicos durante la guerra, las circunstancias que forzaron su salida, los procesos de inserción laboral y los conflictos de orden social generados en el país de acogida. Se contempla la imagen del retorno como una idea recurrente en la vida del músico exiliado y el anhelo no necesariamente satisfecho de la vuelta a España de manera transitoria o definitiva.

Palabras clave: música en el exilio español, música en la Guerra Civil Española, Adolfo Salazar, Jesús Bal y Gay, Rodolfo Halffter

## ABSTRACT

The Spanish Civil War saw hundreds of thousands of republicans head into exile, with around 20,000 of them arriving in Mexico as a result of the reception policies adopted by President Lázaro Cárdenas both before and after the conflict. Among the displaced were nearly one hundred musicians, and this paper aims to provide a new chapter in the study of the problems they faced in exile. From the perspective of three notable cases in Rodolfo Halffter, Adolfo Salazar and Jesús Bal y Gay, it analyses the involvement of musicians in the war, the specific circumstances that forced them to leave their country, the labour integration processes they faced and the social tensions that arose in the host country. The study looks at the image of the homecoming as a recurring theme in the life of the exiled musician and the yearning –not necessarily fulfilled– to return to Spain, either for a short period or for good.

Keywords: music during the Spanish exile, music during the Spanish Civil War, Adolfo Salazar, Jesus Bal y Gay, Rodolfo Halffter

Como otros exiliados en el mundo los republicanos españoles establecidos en México a consecuencia de la Guerra Civil tienen una historia en común que no es otra que la del enorme colectivo al que pertenecieron. Cada uno de ellos cuenta también con su historia particular, así ésta resulte completamente desconocida para los demás. Debido a la naturaleza de sus ocupaciones y especialidades fueron pocos los que trascendieron más allá de su propio ciclo vital, tal

y como ocurrió con buena parte de los músicos (cerca de cien hombres y mujeres) que formaron parte del contingente total de refugiados en México, calculado por varios autores en alrededor de veinte mil. Al correr del tiempo, algunos de ellos –“gente de a pie”, como suele decirse–, echaron raíces familiares y sociales; lograron salir adelante ejerciendo su profesión o realizando tareas que nada tenían que ver con su disciplina. De algunos apenas ha quedado rastro de su paso por Méxi-

co; de otros han podido recogerse unos cuantos datos, lo que sin duda obedece a una razón principal: los nombres de la mayoría, a diferencia de lo sucedido con las llamadas “figuras de culto”, no aparecieron en las portadas de los libros, las marquesinas de los teatros o las columnas de los grandes diarios. Esto explica, cuando menos en parte, el olvido al que los ha confinado la historiografía del exilio, muy abundante en otras materias tanto en México como en España<sup>2</sup>.

El terreno al que debieron adaptarse en México los músicos españoles no fue propiamente terso, ni siquiera para quienes dentro de la tragedia pudieron verse más favorecidos, como son los casos, entre pocos más, de Jesús Bal y Gay (1905-1993), Adolfo Salazar (1890-1958) y Rodolfo Halffter (1900-1987), cuyas experiencias individuales nos permiten ilustrar algunas facetas de la realidad de los músicos republicanos que, como tantos otros españoles, llegaron a México para vivir en el exilio.

### **La construcción de una nueva identidad**

En la primavera de 1939, coincidiendo con el arribo masivo de refugiados españoles en los llamados barcos del exilio, la preocupación de los mexicanos giraba en torno a varios temas. 1) La reciente expropiación petrolera y el dilema de la sucesión presidencial (transcurría el sexto y último año del gobierno de Lázaro Cárdenas); 2) el problema de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos y su inminente repatriación; 3) la amenaza de una nueva guerra en Europa y, desde luego, 4) la Guerra Civil en España y la inmigración de miles de refugiados al país. Además, dadas las condiciones de alto desempleo existentes en el país, flotaba en el ambiente una idea inquietante: el que los españoles pudieran desplazar de sus trabajos a los mexicanos. La prensa recogió un sinnúmero de protestas de sindicatos y agrupaciones en este sentido, a las que se sumaron las de los profesionistas que se sentían “traicionados” por el gobierno, en tanto que éste se había comprometido a no admitir extranjeros que pudiesen constituir un peligro de competencia para los nacionales y les había permitido su ingreso e instalación a miles de ellos<sup>3</sup>.

En el ámbito de la música ocurrieron varios incidentes a cuenta de este problema, quizás

más cercano en ocasiones a los celos profesionales que a desplazamientos reales. Al ser contratado por un diario capitalino de amplia circulación para escribir una columna de crítica musical, Adolfo Salazar fue acusado de usurpador a escasas semanas de su llegada, a pesar de que su contratación no suponía la exclusión de ningún mexicano (de hecho el periódico contaba y seguiría contando con la columna del prestigioso crítico nacional supuestamente ultrajado). Este incómodo episodio no se presentó de manera aislada. Hubo numerosas reacciones de alerta frente a la marea roja que, algunos creían, pondría en riesgo los trabajos de muchos conacionales. En este punto conviene recordar el carácter ambivalente que tuvo la acogida de refugiados españoles en México, ya señalado por distintos autores. Hace tiempo que se derrumbó el mito largamente arraigado en interpretaciones esencialistas de una recepción idílica generalizada de la sociedad mexicana. En diversos estudios (Matesanz, Sheridan, Plà Brugat, citados en este trabajo) se ha sometido a revisión la sensacionalista campaña de prensa y propaganda anti-inmigracionista de los primeros tiempos del exilio, “a la que se agregaban el oportunismo de la colonia española de filiación falangista, los norteamericanos recién heridos por la expropiación petrolera y sociedades mercantiles de capital alemán hartos de lidiar con la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y con su líder “el rojo” Vicente Lombardo Toledano”<sup>4</sup>.

Aunque los exiliados conformaban una amplia paleta republicana (para muestra están los casos de los músicos abordados en estas páginas) se les relacionaba exclusivamente con las facciones radicales de izquierda. Eran vistos por la comunidad de españoles residentes y la derecha conservadora mexicana –incluido un amplio sector de la prensa–, como una verdadera amenaza “roja”. Los mexicanos poco afines a las políticas reformistas de Cárdenas vieron con bastante temor el apoyo que desde los primeros años, y sobre todo durante la Guerra Civil, se le había dado al gobierno de la República y por ende a los republicanos. Algunos críticos sugieren que en México los únicos que los recibieron bien fueron los funcionarios del régimen y ciertos núcleos intelectuales progresistas, pues eran pocos los amigos mexicanos que tenían y

quienes estaban convencidos de la bondad de tal inmigración; solo que muchos de ellos eran personajes influyentes<sup>5</sup>.

El anuncio de la admisión de refugiados españoles produjo, pues, inquietud entre los grupos políticos y sociales contrarios al presidente. A los dirigentes republicanos y a los propios inmigrantes se les reconocía un pronunciado anticlericalismo que rechazaban los hispanófilos pro-franquistas y los mexicanos de derechas junto con las asociaciones católicas, por sentir amenazadas sus creencias. También dentro del periodismo Cárdenas y las autoridades encargadas del asilo contaron con enemigos acérrimos. Sobran ataques y críticas dirigidos a lo que se consideró una selección tendenciosa de refugiados (comunistas en su mayoría). Llamaba la atención que durante el viaje los españoles cantaran *La Internacional* y desembarcaran con el puño en alto<sup>6</sup>. De esta forma, la admisión de republicanos sirvió a los opositores al cardenismo como arma de combate en su lucha anticomunista, especialmente durante 1939, cuando estaban próximas las elecciones y se buscaba que el resultado hiciera virar el rumbo político del país hacia la derecha.

Las caricaturas, notas y comentarios despectivos de la prensa contraria alusivos a los refugiados, repercutieron desfavorablemente en el público mexicano, predisponiéndolo en su contra y aumentando los temores de que ciertamente se trataría de “gente nefasta” que crearía violencia y problemas en el país. Además, el creciente nacionalismo en boga incrementó la tradicional hostilidad contra el español, más debida en muchos casos a trasnochadas razones históricas que a cuestiones de verdadera discrepancia política<sup>7</sup>.

¿Cuáles fueron entonces las ayudas reales con las que contaron los refugiados en su desplazamiento? En primer lugar estaba la red de apoyo creada durante el exilio en Francia por los organismos de la República. Estos, junto con la diplomacia mexicana comisionada en Europa, gestionaron el traslado a México de miles de ellos: la Junta de Cultura Española a la que Rodolfo Halffter pertenecía (siendo el único músico en ella), fue creada con ese fin. Contaban, además, con el sólido respaldo de su principal anfitrión: el Estado mexicano, que

una vez en el país les ofrecería ventajas como las de adquirir la nacionalidad mexicana con solo solicitarla (así lo hicieron Salazar y Halffter, porque a Bal no le interesó) y revalidar los títulos académicos para ejercer su profesión quienes la tuvieran. Pero el apoyo, como es bien sabido, también vino de los españoles ya establecidos en el país. No es cierto que toda la colonia española hostilizara a los recién llegados como muchas veces se ha dicho. Las generalizaciones, pueden mostrar una imagen distorsionada de las experiencias particulares. En los momentos iniciales, pese a diferencias de todo tipo, numerosos refugiados recibieron muestras de solidaridad de comerciantes, industriales, empresarios, inversionistas españoles, antiguos residentes, no solo en la capital, también en el resto del país. En gran medida se impusieron y funcionaron los lazos de amistad y de paisanaje pese a las previsiones iniciales de uno y otro grupos, como lo han señalado los estudios más recientes. En el ámbito de la música encontramos varios casos de fraternidad entre antiguos residentes y refugiados. Uno cercano al tema que nos ocupa se dio precisamente entre el empresario y músico *amateur* asturiano Carlos Prieto y los músicos objeto de estas líneas, a quienes recibió e introdujo en círculos culturales y políticos de alto nivel. Prieto impulsó numerosos proyectos suyos y fue soporte moral de algunos de ellos en los momentos más duros<sup>8</sup>. Casos como éste hay muchos otros incluso en el sector de la música.

Aun así, debido a la animadversión que imperaba especialmente en la prensa y como estrategia para neutralizarla, se volvió prioridad para muchos refugiados marcar distancia con los antiguos residentes, quienes, por lo demás, despertaban pocas simpatías en ciertos sectores de la sociedad mexicana. De ello derivó que desde el primer momento existiera entre republicanos la imperiosa necesidad de construir una nueva identidad en México: la de refugiados políticos. La idea era distinguirse de este otro grupo, compuesto por españoles mayoritariamente de derechas y llegados con afanes completamente diferentes a los suyos. Frente a ellos, los refugiados podían mirarse a sí mismos como un colectivo moralmente superior pues tras luchar por una causa tan noble como la defensa de sus ideales, habían sido arrojados a un destierro forzoso

so producto del fascismo. Al contrario que sus antecesores, lejos de pretender servirse del país contribuirían con su desarrollo, plenamente integrados a la sociedad mexicana<sup>9</sup>. En ello radicaba esencialmente la diferencia.

Para algunos republicanos la palabra *refugiado*, usada las más de las veces con encono por la prensa, adquirió una connotación peyorativa, tanto más cuanto se anteponía a ciertos oficios o profesiones, en este caso a la del crítico: *refucrítico*, *refificrítico*, *refugacho*, etc.<sup>10</sup>. Si a Halffter parecía no importarle que a cada paso se le recordase su condición de exiliado o más aún, de refugiado –lo que diría tener a mucha honra– Bal y Gay, como ha señalado Carlos Villanueva, siempre se las ingeniaba para esquivar el apelativo proponiendo nuevas etiquetas: “exiliado voluntario”, “intelectual invitado”, todo era poco para evitar ser expuesto permanentemente como un asilado<sup>11</sup>. En entrevista realizada posteriormente, Bal volvería a insistir en ello. Dado que le invitación de Cárdenas era muy clara, “trasladarse a México para continuar allí sus labores que a causa de la guerra se habían interrumpido”, acabaría por considerarlo –cuando menos públicamente– como un desplazamiento voluntario, “propio de un liberal ajeno a los partidos políticos y que no admitía que a tiros pudieran solucionarse los problemas en España”<sup>12</sup>.

No obstante los numerosos casos de camaradería entre residentes y exiliados que se han podido documentar en historias individuales, el sentimiento de rechazo prevaleció en el imaginario de la mayoría de los refugiados. Al menos es algo que han comentado muchos de ellos cuando al ser entrevistados se les hizo referencia a este aspecto<sup>13</sup>. El propio Rodolfo Halffter, largos años después de su arribo, aún insistía en marcar esa diferencia entre los llamados *gachupines* de la emigración tradicional y los exiliados políticos, los republicanos derrotados en la guerra: “En pocos países del mundo, el extranjero encuentra tan fácil y rápido acomodo como en México. Me refiero, claro está, a aquél que se instala en el suelo mexicano con el propósito de dar y no con el avariento y exclusivo de recibir”<sup>14</sup>, diría el compositor en su discurso de ingreso a la Academia de Artes en 1976. Las palabras de Halffter son muy elocuentes en este sentido.

### La vida antes de la derrota

El levantamiento militar sorprendió al compositor veraneando en la localidad de Cercedilla, cerca de El Escorial, donde vivía su familia. “Cuando todo parecía haber alcanzado, al fin, la calma y la felicidad, llegaron las tremendas vicisitudes de la guerra civil”, recordaría posteriormente<sup>15</sup>. A raíz del advenimiento de la República, Halffter había logrado cierta estabilidad económica y emocional que le permitía vislumbrar un futuro bastante promisorio. Casado con Emilia Salas y en posesión de un puesto seguro como periodista, había empezado a consolidar una posición relativamente importante en el medio. Recibe su carnet de redactor de *El Sol*, donde hasta entonces, introducido por Adolfo Salazar, figuraba como colaborador; ocasionalmente también participa en tareas crítico-musicales en el vespertino *La Voz*, asegurándose con ello un ingreso fijo. También llegan los primeros éxitos como compositor y varios reconocimientos en Madrid y Barcelona, lo que significa que al estallar la Guerra Civil, él y sus compañeros de *Grupo de los ocho*<sup>16</sup>, representaban más que una esperanza a futuro, una vía nueva y fresca para el desarrollo de la música española.

Por esos mismos años Halffter se imbuyó a fondo en la política; se adhiere al Partido Comunista y participa intensamente en la defensa de la República a través de importantes tareas que le serían confiadas en Madrid y posteriormente en las ciudades donde se instala el Gobierno legítimo<sup>17</sup>. Aunque la situación durante la guerra era poco propicia para desarrollar una carrera de compositor, Halffter no dejó de componer. Puso además un grano de arena en el ambiente de euforia republicana en el que proliferaban himnos, marchas militares, piezas y canciones para ser entonadas en los frentes, muy en la “línea de compromiso que en Europa lo hacían Kurt Weill, Eisler o Dunaievsky”, como bien ha señalado Emilio Casares<sup>18</sup>. Su participación en este aspecto fue intensa: con otros compositores implicados en la lucha musicalizó películas y documentales de propaganda, con Pittaluga hizo los conocidos arreglos de canciones populares que grabaron en París para honrar al ejército leal y satirizar a los camisas azules y negras de Franco y Mussolini.

Rodolfo Halffter pasó toda la guerra en España; primero en su natal Madrid, luego en Valencia y, por último, en Barcelona, a donde se trasladó con toda la estructura de Gobierno. Tras la ocupación de Cataluña por las tropas franquistas, cruzó a pie la frontera con los derrotados, librándose casi milagrosamente de ser recluido en un campo de concentración; después lograría reunirse con su esposa e hijo en París. A falta de otros testimonios suyos sobre las intensas experiencias de aquellos años –lo cual sin duda habría merecido un extenso relato de su parte– conformémonos con recordar las palabras con que el músico acostumbraba describir sus últimos días en España (Fig. 1):

*Con Otto Mayer Serra, mi compañero de bombardeo, salvé el pellejo. De Figueras, a pie, seguí a la frontera con las últimas fuerzas republicanas y después de muchas peripecias –entre otras salvarme (por la ayuda de un comunista suizo y de un guardia civil que me regaló nueve francos con los que pude telegrafiar a mi mujer a París) del campo de concentración–, me reuní con Emilia y Gonzalo en París<sup>19</sup>.*

Una vez a salvo, Halffter pudo reanudar sus tareas políticas junto al grupo de intelectuales que ya reorganizados en París constituyeron la Junta de Cultura Española. Este organismo debía atender las necesidades de los intelectuales que se encontraban fuera de España, tanto de quienes habían sido acogidos por amigos leales, como de quienes estaban en los campos de internamiento diseminados en territorio francés,



Fig. 1. Rodolfo Halffter, a bordo del trasatlántico holandés *Vendaam*, rumbo al exilio mexicano. Mayo, 1939. Antonio Iglesias, *Rodolfo Halffter (tema, nueve décadas y final)*, Fundación Banco Exterior de España, Madrid, 1991.

lo que incluía las colonias del Norte de África. Halffter participó desde las primeras sesiones cuando se estableció como tarea prioritaria la instalación de todos los miembros de la Junta en lugares seguros donde pudieran continuar su trabajo<sup>20</sup>.

La legación mexicana comisionada en París para coordinar las negociaciones que harían efectivo el ofrecimiento de Cárdenas, en cuanto a recibir en México a los republicanos que lo solicitasen, dispuso que en avanzada a la emigración masiva dicha Junta se trasladara a México; para ello se designó una comisión especial. En ese grupo harían la travesía hacia el destierro mexicano Halffter y su familia. Aunque es cierto que el exilio forzado no es un plato de gusto para nadie, aquella comitiva de élite seguramente debió sentirse afortunada de poder realizar el viaje en condiciones relativamente cómodas, si se les compara con la precariedad de la oferta posterior en los barcos *Sinaia*, *Ipanema* y *Mexique*, donde viajarían miles de refugiados en condiciones de hacinamiento.

### Peregrino en dos continentes

Repasemos ahora las circunstancias y razones que explican la salida de Adolfo Salazar de España y su posterior arribo a México. Lo primero ocurrió ocho meses después de iniciadas las hostilidades, es decir, en marzo de 1937; lo segundo, dos años más tarde. Comencemos por mencionar que su trayecto no fue fácil sino tortuoso e incierto, según se verá enseguida. Una estancia de varios meses en París, un viaje trasatlántico que culminaría en La Habana –con extensiones a Puerto Rico, Nueva York y Washington–, y, finalmente, el traslado definitivo a México, es un camino demasiado largo sobre todo cuando éste se realiza sin el apoyo moral de una familia o colectivo de referencia y si es resultado, como aquí, de circunstancias básicamente azarosas.

Al salir rumbo a París, Salazar llevaba una misión política encomendada en Valencia por el Ministro de Propaganda consistente en crear y dirigir la oficina de propaganda cultural denominada *Les Archives Espagnoles*<sup>21</sup>. De entrada, lo insólito de su nombramiento nos impele a formularnos una pregunta: ¿por qué se encargó precisamente a Salazar aquella compleja tarea

cuando en años anteriores el prestigioso crítico había dado sobradas muestras de su deficiente capacidad gestora?<sup>22</sup> Una sola respuesta parece la correcta: alguien con suficiente influencia en el gobierno comprendió que su vida corría peligro si permanecía en España. A tales fechas, Salazar debió tener razones de peso para sentirse amenazado. Esto se colige de una carta posterior enviada desde México a su pupilo Ernesto Halffter luego de conocer la inesperada muerte de su madre: "No puedes imaginarte el tormento de mis remordimientos; pero sólo he hecho lo que no había más remedio que hacer y si me consuela algo es el pensar que a lo menos le he evitado el espectáculo de tener un hijo fusilado o encarcelado..."<sup>23</sup>.

La posición de Salazar frente a la República fue siempre clara, tal como lo refrendaba al ser entrevistado en 1937 durante su estancia en La Habana: "Soy republicano por convicción, liberal por inclinación y demócrata por extracción: soy hijo del pueblo y al pueblo pertenezco, pero no a la masa"<sup>24</sup>. No obstante, por momentos se mostró sumamente crítico con algunas resoluciones de la República que a su juicio conducirían a resultados no deseados. No fue partidario de la idea de convocar en los primeros meses de 1936, a un frente popular que aglutinase todas las fuerzas de izquierda para conseguir el triunfo en las elecciones. Aún así, convencido de la amenaza que suponía el arribo del fascismo a España mediante un golpe de Estado, acabó por suscribir, como muchos artistas e intelectuales, el manifiesto de apoyo al Frente Popular que concentraba las izquierdas y llevaría a la presidencia a Manuel Azaña: "¡Qué cambio político! ¡Qué vueltas da el mundo en 24 horas! – le diría, a la vista de los resultados, a Jesús Bal y Gay, por entonces residente en la Universidad de Cambridge<sup>25</sup>.

A partir del 24 de julio, Salazar interrumpe sus colaboraciones musicales en *El Sol*, entre otras razones, porque la actividad de teatros y conciertos se reducen al mínimo. No obstante, permanece en la capital durante el asedio bajo las órdenes del Comité de Defensa de Madrid, en calidad de funcionario de Telégrafos (organismo al que pertenecía desde su adolescencia). Permanece allí aún después de que el Gobierno

central se trasladara a Valencia con un número importante de políticos, funcionarios, diplomáticos, intelectuales fieles a la República<sup>26</sup>. ¿Por qué Salazar no fue evacuado a Valencia con ese grupo cuando en realidad era un funcionario como otro cualquiera del gobierno? Si hemos de ser rigurosos, conviene tener presente que al momento de la sublevación el crítico desempeñaba un cargo público designado por Azaña tan solo dos meses antes: el de Delegado del Gobierno en el Teatro de la Ópera y María Guerrero.

La situación cada vez más violenta acabó por convencer a muchos intelectuales y artistas comprometidos con la República que sus vidas corrían peligro. Algunos salieron del país con delegaciones del gobierno; otros, como al final lo haría nuestro crítico, para colaborar en proyectos de propaganda. No obstante, su caso muestra un trasfondo más complejo. Paradójicamente, Salazar era un objetivo perfecto para cualquiera de los dos bandos. Todos conocían su afinidad con intelectuales de la izquierda liberal, en cierto modo anticlerical (no hay más que recordar sus choques con la profunda religiosidad de su mentor Manuel de Falla)<sup>27</sup>. A lo que se sumaría frecuentes confrontaciones en prensa con músicos y críticos de distinta tendencia estética y política<sup>28</sup>, situación que se vería agravada a raíz de su polémica actuación en la Primera Junta Nacional de Música (Fig. 2).

A pesar de los esfuerzos, la misión en París fracasa rotundamente luego de escasos tres meses. Salazar se proponía colaborar estrechamente con la Embajada de España y confiaba en ampliar la red de contactos con directores de periódicos franceses para emprender acciones de propaganda más ambiciosas. Con este objetivo hizo viajes cortos a ciudades del interior y viajó a Estocolmo para asistir a la inauguración de una exposición de arte español contemporáneo, acontecimiento que serviría de tribuna para sus tareas proselitistas<sup>29</sup>. No obstante el éxito obtenido en algunas intervenciones suyas en actos públicos como el que acabamos de mencionar, el mayor problema que enfrentó Salazar durante su gestión en París fue la deficiente comunicación que sostuvo con la oficina de Propaganda y Prensa de la que dependía en Valencia. Esto lo obstaculizó todo, pero además debilitó su ima-



Fig. 2. Pasaporte de Adolfo Salazar, 1937. Archivo García López.

gen personal y produjo desconfianza en el entorno de la Embajada española. Se suponía que la oficina operara como un centro de información cultural con fines políticos y que concentrara para su difusión abundantes materiales útiles: propaganda escrita, documentos, folletos. Pero no había un solo documento en la oficina: "Me vienen cotidianamente con lamentaciones sobre dicha incomunicación y pidiéndome las informaciones a que hace fe el título de estos Archivos que, por el momento, no tienen archivado nada, pues que lo poco que pude traer en el avión quedó inmediatamente repartido"<sup>30</sup> —insistía Salazar en sus comunicaciones con el subsecretario.

La correspondencia que Salazar cruzó en aquellos días nos permite conocer las opciones que tuvo cuando en julio de 1937 vio derrumbarse sus expectativas en París. La primera de todas, solicitar trabajo en la Embajada española con objeto de aguardar tiempos más propicios para volver a España. Difícil empresa para un desplazado español. París estaba lleno de compatriotas en las mismas circunstancias, muchos de ellos de gran renombre, a quienes segura-

mente les habría interesado conseguir lo mismo. En vista de lo cual, y tras constatar que a tales alturas contaba en España menos amigos que enemigos, pensó por primera vez en marcharse a América, no sin antes descartar una generosa opción de trabajo y alojamiento der su buen amigo Ceferino Palencia, destinado a la legación lituana de Riga.

Salazar comunicó a sus superiores y a varios contactos en Buenos Aires su intención de continuar su campaña de propaganda en aquella ciudad. Pero unos y otros lo desalentaron. Los primeros, porque no atendieron el caso con la diligencia esperada y que exigía la cambiante situación internacional; los segundos, porque encontraban remota la posibilidad de conseguir en Buenos Aires una base fija sin ser catedrático o profesor (que en realidad no lo era) o ejerciendo como crítico musical. Descartadas estas opciones, Cuba se perfiló como la salida más viable. Su relación con algunos músicos, escritores y artistas del grupo Minorista facilitó las cosas. Ellos se encargaron de estructurar un interesante circuito de conferencias; le proporcionaron el pasaje Amberes-La Habana a bordo de un vapor holandés, así como un agradable alojamiento y un sitio frente al mar para trabajar. Todo apunta a que no lo pasó mal en los primeros meses y a que hizo en la isla más vida cultural que política, volcándose de inmediato en la preparación de sus lecturas públicas y cursos, calificadas como exitosas por la prensa local (Fig. 3).

Tras cinco meses en el puerto, Salazar se embarcó rumbo a Puerto Rico para dictar cursos en la universidad y conferencias en ciudades y municipios del interior. Aunque hay alguna constan-



Fig. 3. Adolfo Salazar en La Habana, 1937-1938. Archivo García López.

cia de su participación en actividades políticas en San Juan con miembros del Frente Popular, no constituyó en forma alguna una actividad sistemática o prioritaria como lo había sido en Francia. De cualquier manera, tras la aventura de París, su relación con el gobierno (con ciertas autoridades en concreto) daría muestras de enfriamiento. Casi a punto de zarpar, el nuevo subsecretario de Propaganda confirmaba y ampliaba en breve nota lo previamente acordado vía telefónica: "Una propaganda discreta y hábil en los países americanos que ahora nos son más hostiles, puede ser ciertamente de gran eficacia." Y a continuación le sugería los argumentos:

*Bastará hacer saber sin demasiado ruido, pero con la necesaria firmeza de convicción, que esta maldita guerra que destroza a España ha sido provocada por los rebeldes exclusivamente, alzándose en armas contra el régimen legítimo, cuyo único pecado consistía en un respeto exagerado a los derechos de todos y una generosidad pagada con la más inicua traición, como lo prueba el hecho de que los directores de la rebelión ocupaban cargos de responsabilidad y de gran importancia. Y aunque la advertencia sea ociosa a persona del buen juicio de Ud., creo que conviene insistir mucho en que la sublevación que comenzó contra el Gobierno legítimo de la República, ha degenerado luego en una monstruosa traición a la Patria, entregando el territorio y la Nación Española a ejércitos extranjeros. Y nada más. Coincido con Ud. en que para nuestra propaganda es suficiente con que la verdad sea de todos conocida. Ojalá contribuya Ud. a difundirla con acierto, ya que en cuanto a su entusiasmo estoy seguro de que no habrá de faltarle por tratarse de la causa más noble y más justa que pueda haber en el mundo, aunque no pocas veces su defensa se haya hecho con lamentable torpeza<sup>31</sup>.*

No nos consta, ya lo decíamos, que Salazar hubiese hecho proselitismo en los países hispanoamericanos visitados. La única prueba de su participación en ese sentido proviene de sus días en Puerto Rico. Ya instalado en Washington, un misterioso corresponsal le escribiría informándole del desarrollo de la misión de propaganda política en la que presumiblemente habría participado en aquel país<sup>32</sup>.

Al repasar la correspondencia generada en estos meses, se percibe que Salazar está abruma-

do y dudoso intentando definir un nuevo rumbo para su vida. Tras ese tiempo de relativa paz en El Caribe y a punto de caducar sus visas en los mencionados países, reaparece la incertidumbre. Se decide a explorar nuevos destinos para una siguiente escala, sin descartar, sorprendentemente, un eventual regreso a Europa, como lo comprueba la reserva de un pasaje a Francia para esas fechas, localizada entre sus papeles. Luego de tocar sin éxito a varias puertas (Carlos Chávez en México, Alfonso Reyes en Buenos Aires y un largo etcétera) recibe desde Colombia una jugosa invitación que, no obstante, acabará por declinar. De haberla aceptado se habría comprometido a vivir en aquel país durante varios años y él confiaba —como todos en aquellos momentos— que la solución al conflicto español bien podría darse a mediano plazo<sup>33</sup>.

Por mediación del escritor Pedro Salinas es invitado a dictar un curso estival de música antigua en la Escuela Española de Middlebury. Allí se entera de dos asuntos del mayor interés, dada su situación. Primero: se había suscitado una vacante en el puesto de agregado cultural de la Embajada de España en Washington; segundo: el gobierno mexicano venía impulsando el establecimiento de una institución para recibir a un grupo de intelectuales españoles de manera que pudieran continuar con las tareas académicas que venían realizando en España y que a causa de la guerra se veían impedidos de hacerlo. Salazar despacha varias cartas y poco después es felizmente informado de que su nombre ha sido incluido en esa lista de invitados a laborar en La Casa de España y que Fernando de los Ríos accede a contratarlo en la embajada para cubrir la vacante.

Salazar dio en la diana al dejar bien atadas las dos salidas. Llegado el momento, dependiendo de las circunstancias en España, podría optar por marcharse a México o bien declinar la invitación y permanecer en la embajada por tiempo indefinido. Para ser francos, a Salazar le había picado el gusanillo de la investigación en las frecuentes visitas que hacía en sus ratos libres a las bibliotecas de Nueva York y Washington. Con tantos planes, cursos y proyectos de publicación por delante empezó a dar largas a las autoridades de La Casa de España, aduciendo



que aquellos trabajos redundarían en beneficio de la Institución mexicana. Al secretario Cosío Villegas le preocupaba que nuestro crítico decidiera quedarse en Estados Unidos en el último momento. En sus comunicaciones Salazar le hablaba del exceso de trabajo en la cancillería, de escrúpulos de fidelidad que debía embajador de los Ríos en momentos cruciales para la diplomacia española, etc., etc. Todo lo cual, le diría, eran razones suficientes como para no permitirse abandonar su puesto y concretar el viaje a México. Una lectura entre líneas revela, sin embargo, que Salazar se hallaba tranquilo donde estaba: para alguien que llevaba cerca de dos años tratando por el mundo la posibilidad de trabajar y vivir en la embajada suponía un plan por demás atractivo.

### Un ofrecimiento liberador

En contraste con el largo peregrinaje de Salazar antes de recalar en su último puerto, a Jesús Bal y Gay la invitación para viajar a México prácticamente le llovió del cielo, según él mismo lo relataba con el habitual optimismo del que siempre hizo gala:

*A mí, no sé por qué ni por qué circunstancia, todo me lo dieron. No, no es una prosa. Yo no pedí nada y no lo digo con orgullo ni con vanidad. No. Es una realidad, un hecho que se repitió ininterrumpidamente a lo largo de mi vida. Vinieron siempre las soluciones, las ofertas y las cosas así. No fui detrás de ellas ni tuve que pedir las. Cuando estaba viendo cerrado el horizonte, porque en Cambridge se terminaba el contrato y no iba a renovarse [...] aparece la oferta de México<sup>34</sup>.*

La vida profesional de Bal en España había transcurrido entre una intensa presencia en publicaciones culturales –actividad que le reportó mucho prestigio en el ámbito intelectual gallego y madrileño– y su participación en instituciones tan emblemáticas como el Seminario de Estudios Gallegos, el Centro de Estudios Históricos y la Residencia de Estudiantes. Fue en la segunda de ellas donde adquirió experiencia colaborando con el especialista asturiano Eduardo Martínez Torner en la recopilación y análisis de materiales folclóricos. Al mismo tiempo realizó estudios de música, con énfasis en los repertorios antiguos<sup>35</sup>.

Como bien apunta Javier Garbayo, Bal “fue un hombre polifacético, de conocimiento serio, que se dejó seducir por los múltiples campos de la voluntad artística, lo que incluye una vocación literaria y pictórica, este última de origen juvenil, aunque al final se decantase por la investigación musicológica y la composición”<sup>36</sup>.

Otra excelente descripción del Bal de aquellos años nos la ofrece Rosa García Ascot, compositora y pianista oficial del *Grupo de los ocho*, quien en mayo de 1933 se convertiría en su esposa para toda la vida. Al participarle a su maestro Falla que se había comprometido, aludía precisamente a las inclinaciones musicales de su prometido: “Se llama Jesús Bal y Gay, es músico de un gran talento, está dedicado especialmente al folklore y la musicología. Es un chico cultísimo de una sensibilidad extraordinaria y de una bondad y delicadeza enorme”<sup>37</sup>.

En 1938, casi por concluir el tercero y último curso en la Universidad de Cambridge, donde se desempeñaba como lector de español, Bal recibió sorprendido el ofrecimiento para unirse en México al grupo de fundadores de La Casa de España. La propuesta le llegaba de Ángel Establier<sup>38</sup>, aunque detrás asomaba la silueta del director de la Residencia de Estudiantes, Alberto Jiménez Fraud. Ellos impulsaron su candidatura en la bien cotizada lista de primeros invitados de La Casa, pese a su juventud y a sus aún modestas credenciales académicas. Habría sido impensable para Bal rechazar la invitación, cuanto más que en ella se incluía a su familia<sup>39</sup>. Con el contrato a punto de caducar y tras el vuelco insospechado que habían dado las cosas en España, recordaría Bal posteriormente: “No hice planes porque no veía salida a la situación. No había más posibilidad que volver [...] pero ¿cómo? Y ¿para qué? España en guerra –1938– y sin posibilidades de trabajo para mí”<sup>40</sup>.

La filiación republicana de Bal también fue siempre clara. En 1929 había manifestado públicamente sus simpatías demócratas cuando, como apunta Rosa M<sup>a</sup> Fernández, se pronunció a favor de la República “todo lo que abiertamente lo permite la censura del régimen dictatorial”, en una dura crítica en la que desmonta la polémica tesis de la *inutilidad* republicana que esgrimía Marañón<sup>41</sup>. Después, de acuerdo a la

citada musicóloga, el interés político de Bal pareció pasar a un segundo plano. Solo el exilio de Alfonso XIII y el triunfo de la República abriría en él una nueva interrogante que le llevará a publicar en *El Pueblo Gallego* el artículo "¿Y ahora?". Consciente del inicio de una era renovadora que debía dejar atrás un sistema largamente asentado, escribió:

*La revolución política se ha efectuado. El esfuerzo de los republicanos triunfó al fin sobre una monarquía contumaz en desafueros. Pero la gloria de los Republicanos –que es tanto como decir de España casi íntegra–, su más grande y auténtica gloria será no esa inmediata de haber barrido a los autores de tanta tropelía, sino la de haber anulado para siempre –sí, para siempre – a ese obstáculo, hasta ahora insuperado, que era Alfonso de Borbón<sup>42</sup>.*

Como colofón al breve capítulo militante del musicólogo gallego, Villanueva destaca el hecho, en cierto modo inexplicable, del futuro olvido de Bal respecto de toda su lucha a favor del galleguismo y en un sentido más amplio, de la República, lo cual incluyó cualquier militancia operada a través de su actividad periodística anterior a la Guerra Civil<sup>43</sup>.

Cuando sobrevino el alzamiento nacional el 18 de julio de 1936, el matrimonio Bal se encontraba veraneando en Galicia, en Lugo, para ser precisos; desde ahí se trasladan de inmediato a Santa Uxía de Riveira y después a Vigo. Con la ayuda del cónsul inglés consiguen volver a Inglaterra para reanudar sus tareas universitarias. Aunque más tarde Bal le restará importancia a las difíciles condiciones que rodearon su precipitada salida de España, el regreso del matrimonio a Cambridge "debió ser bastante más accidentado y estresante, teniendo en cuenta las noticias que les llegaban de Granada o de Madrid. De hecho, Trend llamaría desde Inglaterra para que se les facilitara, por vía diplomática, una rápida salida por mar, lo que logran desde Vigo"<sup>44</sup>.

Bal parte para México en el otoño de 1938. Rosa García Ascot permanece junto al resto de su familia en París, donde a la espera de reunirse en México con su marido, continúa sus estudios de piano y composición con la prestigiosa Nadia Boulanger. La pareja cruza numerosas cartas

en aquellos días de separación y éstas reflejan vivamente la magnitud de la tragedia que está viviendo España y el drama familiar que les rodea<sup>45</sup>. Mientras transcurren esos meses difíciles, Bal prepara el inminente arribo de su familia política e intenta acostumbrarse a esta nueva condición; deja la casa de huéspedes y se instala en un apartamento. Aunque por entonces ya se encontraban en la ciudad otros intelectuales de La Casa, los primeros meses fueron de mucha soledad, como es fácil advertir en los apuntes autobiográficos fechados por Bal en febrero de 1939 (Fig. 4).



Fig. 4. Jesús Bal y Gay y Rosita García Ascot, años cincuenta. Colección particular. Madrid. Residencia de Estudiantes y Reproducida en *Jesús Bal y Gay. Tientos y silencios (1905-1993)*, Carlos Villanueva (ed.), Universidad de Santiago, Madrid, 2005.

### El proceso de adaptación

Para ningún movimiento migratorio el proceso de adaptación es fácil. Dependerá siempre de las políticas vigentes y las necesidades de la sociedad de acogida, así como del estatus socio-profesional de los inmigrantes y la disposición psicológica de unos y otros. Recogen varios textos provenientes de los propios exiliados que las primeras impresiones de la mayoría fueron similares. Acostumbrados a las dimensiones de las ciudades españolas, la capital mexicana, donde hubo más concentración, les pareció enorme, más aún, un agregado de varias ciudades con diferencias entre sí en lo arquitectónico, pero también en lo social. De ahí que la mayoría eligiera las colonias y edificios donde previamente se habían establecido otras familias españolas. En general no estaban lejos del centro, zona

donde proliferaban los cafés –verdadera institución del exilio– y las asociaciones regionales que ellos mismos fundaron y que se convirtieron en puntos de encuentro para muchos. En aquellos locales podían mantener vivas sus tradiciones e identidades y el sentido de pertenencia a ese colectivo; además, tenían oportunidad de “arreglar” el mundo al tiempo que socializaban y tejían amistades y relaciones, algo necesario para conseguir empleo o planear negocios, lo más imperioso para la mayoría.

Pese a la complejidad de la situación, para los intelectuales y gente de cultura la recepción más inmediata de parte de la comunidad, las asociaciones y la prensa cultural mexicana fue, salvo algunas excepciones, bastante cálida, como ya se dijo; esto se confirma en los casos de Halffter y los dos musicólogos de La Casa, especialmente Salazar, a quien más celebridad y reconocimiento le precedía. Hay que recordar los homenajes que al poco de su llegada le ofrecieron la Sociedad Folklórica de México y el Ateneo Musical Mexicano. Dentro de las apremiantes circunstancias, la posición de los miembros de La Casa era más ventajosa que la de quienes tuvieron que vérselas por su cuenta o con las modestas ayudas que el Comité Técnico de Ayuda a los Refugiados (CTARE) les proporcionaba a su llegada, aunque como es natural en ningún caso era suficiente. De nuestros músicos solo Bal y Salazar tuvieron la suerte de estar ligados a la institución. Ellos pudieron contar con la cercanía de las autoridades de La Casa y sus familias, quienes los orientaron para encontrar alojamiento y solucionar cuestiones prácticas de su instalación. Además, los miembros tuvieron la garantía de recibir puntualmente una paga mensual –si bien módica– segura. Así lo establecía el contrato por un año que todos suscribieron y que, en algunos casos, les sería renovado anualmente, dependiendo de las posibilidades y objetivos de la institución y/o del rumbo académico que tomaran las trayectorias de cada uno de ellos.

En Salazar el proceso de adaptación se dio bastante aceptablemente. Sin esposa o familia que mantener, no debió pasar mayores apuros económicos: “Aunque la moneda está baja, pagan lo suficiente para vivir con cierta independencia y comodidad”, le dice en carta a uno de sus

corresponsales<sup>46</sup>. Tampoco le parece inapropiado el sitio que pudo conseguir “un departamento a la americana: una habitación grande, muy alegre y soleada, en un barrio limpio y tranquilo de lo que es corriente en esta ciudad, muy ruidosa y polvorienta; baño muy a la moderna y cocinita en donde me hago el desayuno y frecuentemente la cena, pues aquí se cena poco debido a que la mucha altura (2.500 metros) no permite excesos gástricos<sup>47</sup>. En vista del desalentador panorama político y social en Europa, la idea de residir en México una temporada más o menos corta, al final no le pareció la peor solución. Los términos de su contrato no lo comprometían sino a hacer lo que más le gustaba, gozando de completa libertad para elegir tanto para desarrollar sus cursos y conferencias como para la elaboración de los libros. Podía disponer a conveniencia de su tiempo, pues no estaba obligado a horarios rígidos o calendarios que no pudiera cumplir, previo acuerdo con las autoridades de La Casa y las instituciones involucradas.

Salazar compartía en aquel momento la visión esperanzada de otros refugiados en cuanto a que el exilio sería breve. Así, mientras llegaba la hora del regreso solo debía volcarse en el trabajo y adaptarse lo mejor posible a la vida en la ciudad con su amplia oferta musical y buenos amigos cerca: “No hay aquí verbenas sino musicología, pero nunca antes había trabajado tan bien y tan contento (quince o veinte cuartillas al día: total: que ni Menéndez y Pelayo)”, le asegura a Salinas<sup>48</sup>. No era para menos. Con la vida diaria que tenía en España: una biblioteca oficial que atender por las mañanas, conciertos por las tardes y periódicos y artículos por las noches, le había sido imposible encontrar el tiempo para esas tareas que demandan demasiadas horas de estudio y concentración. Por ese lado habría ganancia.

Las autoridades de La Casa se esforzaron mucho para contrarrestar la opinión desfavorable que pudiera existir de la institución y sus invitados, y, muy particularmente, para seguir recibiendo el subsidio del gobierno, cuanto más que al poco de convertirse La Casa de España en El Colegio de México, tendría lugar el relevo presidencial, con los correspondientes cambios y reacomodos del nuevo gobierno.<sup>49</sup> Sensibles

a la repercusión social que suponía el arribo de esa pequeña élite intelectual al país, tuvieron el cuidado de procurar a la prensa oportuna información curricular y sobre las actividades que se disponían a realizar, y de propiciar la presentación "oficial" al público de cada uno de ellos conforme se iban incorporando. La idea era que a través de pequeñas notas periodísticas el público mexicano conociera la importancia de sus contribuciones académicas y docentes, así como su trayectoria profesional en España, de manera que pudiera sopesarse el beneficio que su presencia traería a la comunidad académica y científica del país, ya que su labor se extendería a otras capitales de provincia<sup>50</sup>.

Jesús Bal, como señala Lida en su citado trabajo, llegaba a México con sus 33 años sin un *curriculum vitae* impresionante –como sí lo tenían otros miembros de La Casa–, lo que explica las dudas de Cosío respecto de la recepción que podría dispensarle el público mexicano<sup>51</sup>. En su caso, la valoración de la comunidad se preveía que ocurriera a mediano plazo, cuando sus publicaciones, aportaciones en prensa y conferencias en foros y medios de difusión fueran generando lectores y audiencias propias. Desde luego, las autoridades hicieron lo posible para que se confirmara el éxito que le vaticinaban y para incidir en una buena acogida social. Pronto lo introdujeron en sociedad. La misma Lida destaca la presencia de Bal en el "banquete de simpatía" organizado por la revista *Letras de México* con la asistencia de la flor y nata de las letras mexicanas y los españoles que ya se encontraban en la ciudad<sup>52</sup>.

Alfonso Reyes, presidente de La Casa, se encargó personalmente de gestionar con la ayuda consular de otros países los documentos requeridos por Bal para continuar con sus investigaciones y de ponerlo en contacto con especialistas en documentos antiguos, de manera que pudieran orientar sus búsquedas de nuevos materiales. Su inmediato ingreso al efímero Instituto Mexicano de Musicología y Folklore facilitó también sus primeros acercamientos al estudio de las expresiones folclóricas locales y a la comunidad de especialistas mexicanos. Todo ello, más varios cursos, proyectos musicales y editoriales<sup>53</sup> y la novedosa formación del sexteto vocal Can-

tores Clásicos Mexicanos que daría difusión a sus estudios, justificó ampliamente la renovación de su contrato para el siguiente año.

Si como entendía Cosío, Bal era poco conocido en su país y completamente desconocido en México, con Salazar sucedía lo contrario. Al lector mexicano culto le era familiar el nombre del influyente colaborador musical de *El Sol*. Su primera antología de textos, publicada en México por la editorial Cvltvra (sic)<sup>54</sup>, había despertado la curiosidad de músicos y aficionados por sus trabajos subsecuentes. Por tal razón, la prensa siguió con interés su llegada, brindándole una bienvenida a bombo y platillos. En su columna "Música", aparecida en *El Universal Gráfico*, un comentarista subrayaba en términos encomiásticos su relevancia en el marco de la crítica europea, haciendo una analogía entre la obra de Salazar y la de los grandes nombres de la composición y la crítica en el viejo continente, tal como se aprecia en el pomposo pórtico que antecedió a dicho artículo:

*Así como la música contemporánea está representada en diversos países europeos por ciertas figuras que se han convertido en instituciones que encarnan lo mejor y lo más positivo de las inquietudes espirituales y de la expresión artística de nuestro atormentado siglo, así también existen en la crítica musical europea de nuestros días, algunas plumas que no sólo han dado a quienes las manejan autoridad y prestigio, sino que los han convertido en portavoces de la esencia más íntima de la música y en portaestandartes de su constante anhelo de renovación.*

*[...] No es posible hablar de la crítica musical inglesa sin que simultáneamente contemplemos la venerable imagen de Ernesto Newmann; de la francesa, sin que evoquemos las inquietudes espirituales del exquisito estilista Vuillermoz; de la alemana sin que pensemos en el revelador de "la idea poética" de Beethoven, Paul Bekker. Y menos podemos hacer consideración alguna sobre la crítica musical en la España de nuestros días, sin identificarla desde luego con el amigo núm. 1 de la vida musical de su país, su incansable impulsor, su sabio y dinámico paladín dentro y fuera de España, el dilecto escritor de conocimientos enciclopédicos y de pluma de consumado artista, Adolfo Salazar<sup>55</sup>.*

La introducción "oficial" de Halffter al público mexicano tuvo lugar con motivo del estreno

en México de su ballet *Don Lindo de Almería*, partitura concebida en España y estrenada en su versión de suite sinfónica, en París, en 1936. A la función en el teatro Fábregas acudió un público numeroso compuesto en su mayoría por aficionados a la zarzuela –algunos de ellos miembros de la colonia española (aunque a Halffter le costara admitirlo)– ya que en la misma función se ofrecía previamente una taquillera obra de Sorozábal: *La del manojo de rosas*. El estreno del ballet daría a la prensa mucho de qué hablar, por razones que trascendieron incluso al autor de la música. El enigmático libreto de José Bergamín –un tanto desafiante para los gustos de un público familiarizado con la simplicidad típica de los argumentos de zarzuela–, sirvió a la prensa conservadora para una acometida más contra los rojos exiliados. Tras la primera representación las buenas conciencias se empeñaron en atribuir a la obra la pretensión de ridiculizar sentimientos de religiosidad católica. Pero la eficaz respuesta de Bergamín (el escritor repartió a los espectadores en la siguiente función una nota conminándolos a no dejarse embaucar por “propagandas tendenciosas y políticamente interesadas”)<sup>56</sup>, consiguió que los reflectores iluminaran suficientemente bien al recién llegado compositor madrileño de apellido alemán<sup>57</sup>.

### La inserción laboral

Tal como hemos visto, a su llegada a México, Bal y Salazar se entregaron al trabajo, dedicando la mayor parte del tiempo a labores de investigación y difusión en el marco de La Casa. La cosecha 1939-1940 fue por tanto fructífera en el caso del primero, al que ya aludimos, y en el de Salazar, quien al finalizar 1940 reportaba la publicación de tres libros en editoriales mexicanas<sup>58</sup>, así como varios ciclos de conferencias y cursos en ciudades del interior y la capital.

Paulatinamente, y al margen de las actividades comprometidas oficialmente, los dos aceptarían nuevos trabajos al margen de los citados cauces institucionales: programas de radio, artículos para distintos medios y publicaciones, notas a discos, conferencias. Dado que Bal debía contribuir al sostenimiento de la familia de su esposa, aceptó además colaborar en la British Propaganda Office, donde por espacio de siete

años se encargaría de los aspectos gráficos de la propaganda pro Aliados<sup>59</sup>. Posteriormente, en su lucha denodada por la subsistencia se dedicaría en paralelo a otras empresas alejadas de sus habituales labores musicológicas: la venta de pinceles y materiales para pintores, primero, y, finalmente, el establecimiento, junto con Rosa, de la galería de arte Diana<sup>60</sup> (Fig. 5).



Fig. 5. Jesús Bal y Gay durante los días de su colaboración con la British Propaganda Office, México, hacia 1943. Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid. Reproducida en Jesús Bal y Gay. *Tientos y silencios (1905-1993)*, Carlos Villanueva (ed.), Universidad de Santiago, Madrid, 2005.

En lo que respecta a Rodolfo Halffter, no podría decirse que sus comienzos profesionales fueron fáciles. Si bien desconocemos los detalles de la situación familiar en los inicios del exilio, sabemos que el compositor demoró más que su esposa en conseguir un trabajo fijo en el ámbito de su competencia. Esto bien pudo deberse a las muchas responsabilidades adquiridas con la Junta de Cultura Española con la que continuó colaborando después de su llegada en junio de 1939. Emilia Salas, en cambio, antes de cumplir un mes en México, fue contratada por el Banco de Crédito Agrícola como bibliotecaria y responsable de publicaciones. Era un trabajo completamente ajeno para ella, que en España se desempeñaba como funcionaria del Ministerio de Estado. Pero en aquellos días nadie se daba el lujo rechazar una oportunidad, así tuviera que improvisar o acudir a apresurados consejos prácticos de otros camaradas, como sucedió en su caso<sup>61</sup>.

Durante los primeros meses en el país, Halffter se mantuvo ligado a la élite cultural refugiada y, en particular, a una de las empresas edi-

toriales importantes del exilio, aunque de corta duración: la Editorial Séneca, llamada a para promocionar en México la visión de la España progresista y democrática<sup>62</sup>. A los refugiados les interesaba preservar intactos los ideales republicanos; muchos asumían que de esta forma, y con el pronto regreso a España, podrían recuperar las posiciones políticas que habían ocupado antes de la guerra. Aunque Halffter dedicó buena parte de sus jornadas a estas tareas, empezó también a abrirse camino en el medio musical, compaginando aquellos compromisos con los trabajos de composición, que una vez instalado retomó gran brío.

Varios meses después, Halffter consigue ocupar una plaza docente en la Escuela Superior Nocturna de Música, y, tras intensas gestiones, hacerse hueco en una temporada de zarzuela, lo que marcará la fecha para su presentación al público. Se sumerge en los preparativos de la representación del citado ballet *Don Lindo*, cuyo estreno congrega a lo más destacado del medio. A partir de esa fecha –dirá después–, inicia su amistad con los compositores mexicanos mejor posicionados y comienza oficialmente su activa participación en el medio. Del resultado de sus primeros empeños junto con los artistas que lo secundaron en aquella primera aventura musical en el país, surgiría la idea de crear *La paloma azul*, la primera compañía mexicana de danza contemporánea, que llevará a la escena sus propias obras y las de sus nuevos colegas<sup>63</sup>. Como bien señala Idoia Murga, por ese entonces “la danza ofrecía una oportunidad idónea para entablar nuevos diálogos y tender puentes entre españoles y mexicanos, además de permitir un nuevo medio de exploración y de favorecer la difusión de su obra entre el amplio público del medio teatral”<sup>64</sup>. Sin duda alguna, Halffter supo aprovechar esa oportunidad.

En octubre de 1940, el compositor madrileño recibe la Carta de Naturalización Mexicana y unos meses más tarde es nombrado profesor de Análisis Musical en el Conservatorio, asignatura que impartirá hasta su jubilación. Además, cuidará siempre de reservar un tiempo para componer y atender las tareas editoriales a las que siempre fue afecto, de lo que hablaremos después, pero especialmente para cultivar profun-

das raíces afectivas con sus alumnos, muchos de ellos futuros colegas que destacarían en el medio como intérpretes, docentes y creadores (Fig. 6). Sus palabras no dejan lugar a dudas:

*A México llegué en el mediodía de mi carrera de compositor. [...] En México he dispuesto de la tranquilidad y el tiempo necesario para dedicarme a componer. En México se me ha brindado la oportunidad de participar, de manera activa y entusiasta, en la vida musical nacional: como organizador de conciertos, como Gerente de Ediciones Mexicanas de Música, y, sobre todo, como catedrático de nuestro Conservatorio Nacional. ¡ Precisamente este último aspecto de mis actividades es lo que me vincula de modo más entrañable a México<sup>65</sup>.*

### La crítica musical y Nuestra Música

Para muchos exiliados españoles las colaboraciones periodísticas fueron una fuente importante de subsistencia. Es sabido que en el contingente del exilio viajaron numerosos periodistas de profesión, que desde posiciones ideológicas diferentes se habían comprometido con la democracia republicana, ligándose de manera indisoluble a la causa al estallar la Guerra Civil. Sin embargo, tal como lo han señalado varios autores, durante el primer tercio del siglo XX, en España era más común hallar al intelectual o político que ejercía deel contingente ho eclosiO- Se con la democracia republicana y se ligaron indisolublemente a la causa de la Rep periodista que al periodista propiamente dicho con dedicación exclusiva. Prácticamente no había un solo intelectual de cualquier disciplina, incluida



Fig. 6. Rodolfo Halffter explica su clase de Análisis Musical en el Conservatorio. México, D.F., 1950. Antonio Iglesias, Rodolfo Halffter (tema, nueve décadas y final), Fundación Banco Exterior de España, Madrid, 1991.

la música, que no hubiese hecho incursiones en el ámbito periodístico al menos por dos razones principales: como un medio para la difusión de sus ideas o como una forma de obtener ingresos extras<sup>66</sup>. Una amplia porción de la élite refugiada en México, sobre todo del ámbito de las artes y las letras, continuó con aquellas prácticas. Las hemerotecas mexicanas recogen en cifras desbordantes sus colaboraciones en un sinnúmero de diarios, revistas y suplementos culturales.

En México, el periodismo del refugiado español aparece vinculado a la idea del pluriempleo, característica de la situación laboral de muchos a quienes no les resultaba suficiente un solo salario. Vemos así a profesores, profesionistas liberales o simplemente personas con una buena formación cultural o intelectual que además de ejercer la docencia, labores comerciales, empresariales o industriales, aprovechaban los espacios que la prensa mexicana les ofrecía para abordar los más diversos temas y materias que puedan caber en el periodismo: historia, literatura, ciencia, arte, cultura, cine, teatro, deporte, toros, modas, actualidad, entretenimiento y un largo etcétera. Lo que es suficientemente claro aquí es que en México, la incursión a la crítica musical de nuestros mencionados músicos estuvo directamente enlazada al proyecto musical y político de Carlos Chávez, independientemente del beneficio económico que les pudo reportar.

Es curioso, sin embargo, que tanto a Bal como a Salazar les costara trabajo admitir que en España habían cultivado la crítica en diversos medios<sup>67</sup>. En este sentido ambos rivalizaron en cuestión de olvidos voluntarios. Salazar pretendió hacer tabla rasa de su larga vida periodística, seguramente en un afán de borrar las desagradables polémicas derivadas de su prensa combativa. En lo que respecta a Halffter, quien como hemos visto se había desempeñado en Madrid como redactor de mesa en *El Sol* y colaborador en el vespertino *La Voz*, tampoco le haría mucha gracia que en México se le identificase como crítico musical, no obstante –le agradase o no– acabaría por mantener durante cerca de seis años una columna semanal en *El Universal Gráfico* utilizando un estilo agudo y aguerrido, similar al que caracterizó sus escritos durante la Guerra. Todo era poco cuando se trataba de de-

fender a Chávez de sus detractores, lo que jamás tendría empacho en reconocer. Sin embargo, no sin cierta ironía, diría tenerse por incapaz para desempeñar tareas de crítico: “Carezco de dotes para ejercer esa profesión y también de la necesaria dosis de pedantería” –escribía quien solo se había dedicado a hacer un periodismo musical con sentido eminentemente político<sup>68</sup>.

Cuando Bal llegó a México traía en la maleta más de diez años de experiencia como redactor en publicaciones de importancia cultural y política, de honda resonancia tanto en su natal Galicia como en Madrid<sup>69</sup>. ¿Por qué no admitir que precisamente a través de aquellas colaboraciones se había proyectado en el medio intelectual español de su juventud? Los cerca de 250 recortes de medios varios, con aproximadamente la mitad de las críticas musicales publicadas con anterioridad a su llegada a México, bien lo indica Carlos Villanueva, contradicen, de hecho, la supuesta “virginidad” de Bal en cuanto a tareas periodísticas se refiere. Tan solo de los siete años en los que colaboró en *El Pueblo Gallego* Bal publicó más de doscientos artículos sobre arte y política. En el primer rubro –según estimación de Rosa María Fernández– escribió artículos de corte biográfico, analítico, reseñas literarias, crítica de cine, de pintura y de música, y, sobre todo artículos de opinión y análisis sobre obras y compositores contemporáneos<sup>70</sup>. Un compendio a todas luces nada despreciable.

Si bien fue Chávez quien tuvo el poder de convocatoria y los recursos para constituir el grupo *Nuestra Música*, nos inclinamos a pensar que Halffter, en su anhelo de reproducir la breve experiencia del *Grupo de los ocho* de Madrid, fue quien le propuso formalizar esa unión que de hecho ya existía entre el compositor mexicano y sus seguidores. El grupo y la Asociación Civil con fines no lucrativos denominada *Ediciones Mexicanas de Música*, nombre de la editorial, quedaron legalmente constituidos en 1947, pero las labores iniciaron un año antes, en 1946, dato que debe tenerse presente al menos por dos razones importantes<sup>71</sup>. Al finalizar la Segunda Guerra mundial la política internacional dio un giro inesperado que habría de destruir las esperanzas del pronto regreso a España de los refugiados. Apareció por primera vez en el ima-

ginario de todos ellos la idea de un exilio de duración indefinida, situación que llevó a muchos a contemplar su vida en el país desde una perspectiva más amplia y a favorecer en algunos casos la puesta en marcha de planes y proyectos a largo plazo. Ese mismo año inicia el periodo presidencial de Miguel Alemán (1946-1952) en el que Carlos Chávez asumiría la Dirección General del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) y con ello la posibilidad real de impulsar y mantener en marcha el tren de *Nuestra Música*.

La conformación del grupo, el espacio que Chávez y su Orquesta Sinfónica de México (OSM) abren a las obras de nuestros músicos, así como la invitación a componer mediante los sucesivos encargos del mismo Chávez, la OSM o el INBA, confirman el interés del compositor y director mexicano por vincularlos a su causa no solo en calidad de críticos "de cabecera", sino de colegas, compositores. Si algo más deberían Salazar y Bal a Chávez es haber recuperado, aunque momentánea o circunstancialmente, el interés en la composición, cuando sabemos, al menos en el caso de Salazar, que aquella vocación viva en su juventud no resistiría el paso del tiempo y mucho menos el exilio. Bal, cuyo catálogo no destaca por su abundancia, confesó haber escrito música en México por simple curiosidad o porque se lo pedían y en algunos casos le pagaban por hacerlo<sup>72</sup> (Fig. 7).

### Desencuentros

Si como hemos visto antes existían gran disparidad ideológica entre residentes españoles y refugiados, también la hubo entre los propios refugiados: las diferencias entre republicanos de distintas corrientes, que se habían hecho más evidentes en los años de la Guerra Civil, viajarían con ellos a México. Aunque en bloque se les solía identificar con las facciones de izquierda, lo cierto es que entre ellos cabían todos los colores republicanos, desde los posturas liberales más progresistas hasta la más pura ortodoxia comunista. Varios de los músicos españoles con mayor visibilidad en la historiografía se sitúan en los distintos puntos de este espectro. Pensemos en un Rodolfo Halffter y su marcado izquierdismo, con presencia destacada en la política cultural republicana más radical en los años de la Guerra



Fig. 7. Carlos Chávez, el violinista norteamericano Samuel Dushkin, solista de la OSM y el compositor Rodolfo Halffter. Foto Semo, 1942. Reproducida en *Carlos Chávez, 1899-1978. Iconografía*, Investigación iconográfica y documental de Gloria Carmona, México Conaculta/INBA, 1994.

Civil; en el musicólogo y crítico catalán Otto Mayer Serra (1904-1968), comunista como Halffter, adscrito al Comisariado de Propaganda de la Generalitat de Barcelona durante la guerra y editor de cancioneros revolucionarios; en el aragonés Simón Tapia Colman (1906-1993), fuertemente vinculado a corporaciones anarquistas durante la Guerra Civil; o, en contraste con todos ellos, en dos republicanos de vocación liberal y democrática en la línea moderada de Azaña como serían Adolfo Salazar y Jesús Bal y Gay.

Los roces entre refugiados de la élite cultural, por razones políticas o sin ellas, requirió en ocasiones la intervención del propio presidente de La Casa de España, atento a preservar la reputación de la casa. Nuestros músicos protagonizaron algunas polémicas, pero ninguna tan significativa como la que ocurrió con motivo de unas provocadoras declaraciones de Salazar dirigidas "a quienes se habían dejado ganar la guerra", entre los que por cierto no se contaba





Fig. 8. Carlos Chávez con Rodolfo Halffter y Adolfo Salazar en una recepción en la Ciudad de México. Colección particular.

a sí mismo. Halffter recogió el guante en indignada carta a Reyes, solicitando unas disculpas públicas que Salazar, acabaría por no negarle. Pese a haber sellado la paz en México tras años de discordias originadas en España, las tensiones nunca cesaron aunque sí amainaron. Sin proponérselo, Bal acabó siendo el fiel de balanza en la relación de este par de músicos irremediabilmente unidos en el exilio por una causa común pues esta vez a Salazar y a Halffter les había tocado pelear en una misma trinchera (Fig. 8).

### El dilema del retorno

Los exiliados que habían dejado en España a familiares y seres queridos sabían que la correspondencia llegada de determinados puntos, particularmente de México, era sometida a una escrupulosa censura. Cualquier indiscreción, por inocente que pareciera, podía comprometer a quien recibía la carta; y eso era suficiente razón para que se tomaran precauciones que hoy podrían parecer exageradas. Hubo quienes enviaban sus cartas a otros familiares o amigos residentes fuera de la Península de manera que los sellos postales no delatasen la procedencia mexicana; después, ellos se encargaban de cambiar el sobre y remitirlas a los verdaderos destinatarios en España. Esta forma triangulada (México-Lisboa-Madrid) la empleó Salazar para enviar y recibir las cartas de su madre.

Pero el temor a causar problemas sin duda inhibió la comunicación entre quienes se halla-

ban fuera y quienes habían permanecido en España, y de algún modo agrandó la distancia. En abril de 1939, Salazar recibe en Nueva York las primeras noticias de sus amigos Ernesto y Alicia Halffter; a vuelta de correo les advierte:

*De buena gana os hubiera teleografiado enseguida, pero sabía por experiencia que mientras durase la terrible locura que nos ha destrozado [...] no debía escribirse para no causar trastornos inherentes a estas épocas y yo, por mi parte, me había impuesto el deber de no tener contacto con la otra parte del conflicto, ya que mi madre había quedado en la zona de Levante. Hasta hace poco he podido tener noticias regulares suyas, pero supongo que desde la nueva situación habrá de producirse trastornos postales que puedan afectarla mucho (¡va a cumplir 74 años!)<sup>73</sup>.*

El inicio de la Segunda Guerra mundial supuso un compás de espera para los refugiados, por lo que Salazar hubo de enfrentar la situación con paciencia, al menos hasta que el previsible triunfo de los Aliados hiciera caer el régimen del dictador. En su correspondencia de aquellos días observamos cierta resignación de su parte frente al rotundo cambio producido por el inicio de las hostilidades en Europa. En carta a Ernesto Halffter, entonces renuente a dejar Lisboa y volver a España, le aconsejaba: "Haces muy bien, no vayas por ningún motivo. Respecto a mí: ya te lo digo: hay que despedirse de nuestra vieja España por una temporada que puede durar dos o tres años ¡o un siglo! [...] Si yo tengo aquí a mi madre y parte de mis libros y aquí no estallan los volcanes (que me parecerán fuegos artificiales al lado de lo que he visto), todo irá bien"<sup>74</sup>.

Sus gestiones para llevar a México a su madre fracasan rotundamente, a pesar de la ayuda prestada por las autoridades mexicanas y sus incondicionales amigos en Lisboa. La desconfianza de las autoridades hacia quienes tienen familiares en México es enorme. La madre intenta ocultar las verdaderas intenciones que hay detrás de su solicitud de pasaporte, pero el régimen tiene ojos y oídos en todas partes. Los funcionarios de la Dirección General de Seguridad le dan largas, exigen avales, volver con nuevos documentos; todo, para finalmente denegarle el pasaporte. Doña Juana se convence de que es una artima-

ña de Serrano Suñer (cuya firma aparece en el oficio correspondiente) para forzar el regreso de su hijo a España y poder encargarse de él. Seguramente fue así.

### La recurrente idea del retorno

El retorno en los exiliados, como lo demuestra la literatura que ellos mismos generaron, aparece como una idea recurrente, especialmente cuando al finalizar el conflicto en Europa se esfumaron las esperanzas de que el gobierno de Franco se hundiera como el de Hitler o el de Mussolini. Para la mayoría de los exiliados, el regreso, más que una ilusión alimentada por el deseo de recuperar la vida y el hogar perdido, devino en verdadera obsesión. Pero aun pudiendo volver no era fácil decidirlo. Muchos refugiados habían echado raíces en el país o no se encontraban ya con el ánimo o la edad para emprender el camino a la inversa, lo que en ocasiones suponía un nuevo desgarramiento del núcleo familiar. A esto hay que sumar los riesgos de la vida en la España de la posguerra y la suerte que podría esperarles a los vencidos, según el grado de compromiso adquirido durante la República y el conflicto. A ello contribuía, en primera instancia, el endurecimiento de las políticas de Franco hacia los republicanos, a quienes dio en perseguir con afanes de venganza en la primera fase del régimen, como bien se sabe.

A muchos defensores de la República, o a quienes se habían ganado la reputación de rojos, los habrían llevado al paredón la "Ley de responsabilidades políticas" de 1939, a la que se añadirán la de marzo de 1940 sobre la represión de la Masonería y el Comunismo –en vigor hasta 1963–, y la Ley sobre la Seguridad del Estado, de 1941. La Ley marcial, que establecía el delito de rebelión militar para toda una serie de actos perpetrados por los oponentes del levantamiento de julio de 1936, se mantiene hasta 1948. En noviembre de 1966 Franco permite la extinción de responsabilidades políticas para las personas exclusivamente en lo que respecta a los acontecimientos que tuvieron lugar entre el 1 de octubre de 1934 y el 10 de julio de 1936. Pero solo será hasta el 31 de marzo de 1969 cuando prescriban los delitos cometidos durante la Guerra Civil. Es decir, que durante 30 años, el régimen

no contempló la promulgación de amnistía alguna, tan solo una serie de gracias, aunque parciales y limitadas, a los delitos de derecho común<sup>75</sup>.

A Salazar no le alcanzó la vida para beneficiarse con la derogación de ninguna de estas leyes; todo esto entró en vigor en fechas posteriores a su muerte acaecida en septiembre de 1958, cuando estaba por cumplir veinte años en México. Aunque por su aparente buena adaptación al país y la creciente admiración que le profesó el medio intelectual mexicano Salazar pudo dar la imagen de alguien plenamente satisfecho con su vida en México, lo cierto es que solo hasta que su enfermedad terminal lo dejó sin fuerzas, haría todo por volver. La añoranza ha quedado reflejada en su correspondencia, como es posible advertir en uno de tantos ejemplos: "Me preguntas en tu carta si no he pensado en la posibilidad de mi regreso: no hay un solo día, o mejor dicho, una sola noche que no deje de pensarlo. Pero por el momento no cabe hacer otra cosa sino pensar. Ya van muchos años de ausencia: casi diez, que en nuestras condiciones son casi como treinta: de manera que cuando me veas te encontrarás con un viejo"<sup>76</sup>.

Por lo demás, Salazar confiaba en que podría obtener la autorización para volver libre de peligro pues contaba con suficientes amigos en el nuevo régimen. Pero incluso personas de su confianza fracasaron en su intento de recuperar para él su antigua plaza en Correos. Con un vergonzoso juicio de depuración por medio y tras ser considerado peligroso para los intereses de España, la plaza jamás le sería devuelta; su nombre quedaría incluido hasta su muerte en la lista de enemigos del régimen. En 1949, durante un viaje de trabajo por Europa, anunciaba a Reyes desde París su intención de llegar hasta Hendaya "para ver desde el otro lado del río las montañas de mi infancia"<sup>77</sup>. Fue lo más cerca de España que pudo llegar. Unos días después, le comunica a Chávez desde Hendaya: "Le escribo a la vista de España –mi paisaje de niño–, que he vuelto a ver hoy con gusto pero sin emoción. / Mis afectos, mi casa y mi país están lejos de aquí"<sup>78</sup> (Fig. 9).

### El regreso definitivo de Bal y Gay

"El desterrado –como ha señalado un insignificante representante del exilio español– al perder su



Fig. 9. Adolfo Salazar con Amelia y Manuel García, a quienes consideró sus nietos. México, D.F., ca. 1952. Archivo García López.

tierra se queda aterrado (en su sentido originario: sin tierra) el destierro no es un simple trasplante de un hombre de una tierra a otra; es no sólo la pérdida de la tierra propia, sino con ello la pérdida de la tierra como raíz o centro"<sup>79</sup>. Tal idea define muy bien el sentir del matrimonio Bal-García Ascot con respecto a su condición en México. Aunque no podrían obviarse las alegrías y experiencias agradables, lo cierto es que el país de acogida, como ocurrió con otros exiliados, jamás les compensó plenamente lo perdido al abandonar su tierra. La falta de apego en estos casos suele deberse a varias razones. Se ha sugerido que esta situación se dio más comúnmente entre los refugiados de lo que se ha creído. En términos generales, la adaptación fue más fácil en el seno de familias numerosas, y, especialmente, en las que además había hijos menores ya nacidos mexicanos o llegados a corta edad. Lo que no fue el caso de Jesús Bal, quien en el aspecto emocional solo parecía depender de su esposa.

Tal como hemos señalado en otros trabajos, con frecuencia se escucha que Bal no logró aclimatarse plenamente a México hasta hacerlo su segunda patria, como fue el caso de otros exiliados (Halffter, sin ir más lejos). Cuentan quienes frecuentaron al matrimonio que la obsesión por el regreso llegó a ensombrecer su vida cotidiana y a darle a ésta un cierto carácter de provisionabilidad. Bal vivió en México una polifacética actividad profesional, cultivó relaciones envidiables, perteneció en su momento al núcleo de músicos más influyentes y a los centros culturales relevantes de la Ciudad de México. Aun así, queda la impresión de que Bal y su esposa, no se resignaron jamás a vivir lejos de España<sup>80</sup>.

En 1962, para aliviar la nostalgia emprenden un primer viaje a España en calidad de turistas. Se pasean por Granada, Sevilla, Madrid, Santiago. Aparentemente allí se les aclaran las cosas y surge la certeza de que el largo capítulo de México está por tocar a su fin; dos años más tarde, Bal publica *La dulzura de vivir*, un relato que, de acuerdo con C. Villanueva, solo se explica ante la proximidad del retorno; ese mismo año se jubila como investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas y comienza a cobrar su retiro. El regreso definitivo se produce en 1965, cuando Bal solicita la baja voluntaria de Radio UNAM, baja la cortina de la galería y sube al avión de la mano de su esposa. Todo apunta a que salieron discretamente, como vivieron siempre, y sin mostrar la baraja completa. Varios años después, en México aún había quien esperaba su regreso, gente incluso de su círculo más cercano (Fig. 10).

Pero esta vez el matrimonio había viajado con intención de quedarse. Bal se presenta como profesor de composición en los prestigiosos cursos internacionales "Música en Compostela"; a partir de entonces se suceden las entrevistas y presentaciones, el retorno a su Lugo natal y posteriormente el estreno en su propia ciudad de *Serenata para cuerdas* con la Orquesta Nacional de España, en un intento —se ha dicho— por recuperar la memoria local. La prensa, críticos y varios interesados en su biografía recogen sus palabras, y cubren las idas y venidas del músico lucense, alternándolas con sus recuerdos del pasado. Un año después de la muerte de Franco, Bal es nombrado "Lucense del año" por la Aso-



Fig. 10. *Jesús Bal y Gay y Rosita García Ascot a su regreso a España en 1965.* Archivo de la Residencia de Estudiantes. Madrid. Reproducida en *Jesús Bal y Gay. Tientos y silencios (1905-1993)*, Carlos Villanueva (ed.), Universidad de Santiago, Madrid, 2005.

ciación de la Prensa de Lugo"; en 1977 es elegido miembro correspondiente de la Real Academia Gallega. Después proliferan otros premios y distinciones; surgen nuevos críticos y estudiosos interesados por la difusión de su música<sup>81</sup>. Bal recupera su identidad en España y México lo relega al más absoluto olvido.

### **Halffter: peregrino en su patria**

Bien podría asegurarse (porque así lo piensan quienes lo trataron) que Rodolfo Halffter tuvo en México una vida bastante feliz. Con tesón y trabajo, el músico madrileño se labró un sitio importante durante su largo exilio y triunfó plenamente como compositor y maestro. Como

colofón a su carrera, en estas tierras se le rindieron homenajes emotivos; sus mejores músicos serían colegas entrañables y sus más encendidos panegiristas. Pero Rodolfo –nos dice Antonio Iglesias su principal biógrafo y artífice de la reincorporación de Halffter en la vida musical española– “siempre pensó en su España, en todo momento, sumando a su felicidad de tantos años, la consiguiente alegría inmensa del retorno”<sup>82</sup>. Sin embargo, el músico no vivió añorando el regreso definitivo pues si en algún momento lo contempló como un proyecto a futuro, con el tiempo acabaría por descartarlo. Halffter echó en México profundas raíces y por lo que repitió hasta el cansancio, nunca estuvo dispuesto a cortarlas y empezar de cero: ni siquiera cuando pudo ir y venir con total libertad.

La idea de regresar comienza a tomar forma y sentido para Halffter en 1960, cuando Emilia viaja a hurtadillas a España para ver a su madre antes de morir: a partir de entonces pensó en volver<sup>83</sup>. A través de su sobrino Cristóbal Halffter se habían producido sus primeros acercamientos profesionales con la España franquista. Tras veinte años en el exilio, sus obras también se escuchaban en este país por obra de intérpretes que disponían de sus partituras, pues jamás se le prohibió a nadie ejecutarlas en los años de la dictadura<sup>84</sup>. Las gestiones posteriores del sobrino solicitando su entrada a España, se resuelven favorablemente tras intenso pero necesario papeleo con objeto de evitar cualquier contratiempo al antiguo comunista<sup>85</sup>. En 1963, el matrimonio Halffter viaja a España en calidad de turistas y se alojan en casa de la familia. Aunque algunos, llevados por el rencor –en palabras de Iglesias–, conspiran por el sorprendente arribo de un *rojo*, la crítica, en su mayoría, interpretó su regreso al margen de toda política, tal como lo haría el influyente Federico Sopeña al darle la más cálida bienvenida en su columna de *ABC*.

Al año siguiente, Halffter vuelve a España para asistir como invitado al I Festival de Música de América y España<sup>86</sup>. Animado por la buena acogida durante el viaje, exterioriza sus deseos de incorporarse más estrechamente a la música española y manifiesta públicamente la intención de alternar en el futuro su estancia entre México y España: seis meses en cada lugar, con obje-

to de recobrar su vieja identidad, conservar la adquirida en el país de acogida y, sobre todo, ocupar el sitio en el magisterio musical español que las consecuencias de la guerra impidieron.

### A manera de conclusión

Hemos visto, a través de estas páginas, tres situaciones distintas en las que ocurrió el desplazamiento de los músicos republicanos, siendo la salida forzada, en dos de los casos, la única solución posible ante el riesgo que suponía su permanencia en España. Se comprueba, a partir de los ejemplos seleccionados, el amplio mosaico de tendencias políticas que constituyó el bloque del exilio, también en el caso de los músicos; la desigual implicación ante el conflicto, así como los distintos tiempos y matices que jalonaron los procesos de adaptación e inserción al medio, como ha quedado a la vista.

Para Salazar, con España siempre en el recuerdo, el exilio en México acabaría por ser su

última morada, muy a pesar suyo. Bal, de quien siempre se dijo nunca se resignó a vivir fuera de la patria, pudo sin embargo volver y hasta cierto punto recuperar su identidad gallega y española; sólo que el precio que debió pagar fue el del largo olvido que siguió en México a su marcha definitiva. No pocos creyeron en España que Halffter acabaría decidiéndose a volver definitivamente, sobre todo por cuanto esto podría beneficiar a su salud. Pero Halffter lo tenía muy claro: sus raíces estaban en España, pero sus afectos en México. Finalmente, el compositor madrileño recuperó su identidad musical en España y aceptó con gusto el papel que la crítica le asignó como el puente de unión entre la música de la llamada Generación del 27 y la del 51. Por eso, quien le preguntó en sus repetidos viajes de ida y vuelta sobre la impresión que Madrid le causaba, siempre obtuvo la misma respuesta: "Me parece que nunca lo hubiera dejado"<sup>87</sup>.

## NOTAS

<sup>1</sup> Este trabajo se enmarca en el proyecto I+D+i, *Fondos documentales de música en los archivos civiles de Galicia (1875-1951): Ciudades del Eje Atlántico*, de la Universidad de Santiago de Compostela, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad

<sup>2</sup> Distancia que en lo que respecta a la música, ha empezado a estrecharse mediante el desarrollo de proyectos internacionales colectivos como *Músicos y músicas del exilio republicano español en México. Procesos de transculturación, apropiación y re-construcción de identidades* cuya sede es el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM.

<sup>3</sup> J. Rubio, *La emigración de la guerra civil de 1936-1939. Historia del éxodo que se produce con el fin de la II República Española*, vol. I, Librería Editorial San Martín, Madrid, 1977, p. 234; L. Márquez Morfín, "Los republicanos españoles en 1939: política, inmigración y hostilidad", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 458, 1988, p. 144.

<sup>4</sup> G. Sheridan, "Refugachos. Escenas del exilio español en México", *Letras Libres*, junio, 2002, p. 42.

<sup>5</sup> Véanse, entre otros, J. A. Mateanz, "La dinámica del exilio", en *El exilio español en México*, Salvat-Fondo de Cultura Económica, México, 1982; D. Plà Brugat, "Un río español de sangre roja. Los refugiados republicanos en México, en *Pan trabajo y hogar. El exilio republicano en América Latina*, D. Plà Brugat (coord.), SEGOB/Instituto Nacional de Migración/Centro de Estudios Migratorios/INAH/DGE Ediciones, México, 2007.

<sup>6</sup> L. Márquez Morfín, "Los republicanos españoles en 1939...", pp. 138-139.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 140.

<sup>8</sup> El propio Bal lo menciona en J. Bal y Gay y R. García Ascot, *Nuestros trabajos y nuestros días*, Antonio F. Buxán (ed.), Fundación Banco Exterior, Madrid, 1990, p. 132.

<sup>9</sup> D. Plà Brugat, "Un río español de sangre roja...", p. 108.

<sup>10</sup> En su citado trabajo, Sheridan apunta que "en México un *fifi* era un elegante, un petimetre; alguien dema-

siado *fifi* podía ser un *refifi*. Una persona *gacha* es alguien decepcionante". Cfr. G. Sheridan, "Refugachos. Escenas del exilio español...", p. 42.

<sup>11</sup> C. Villanueva, "Jesús Bal y Gay: sus actividades en El Colegio de México o la pérdida del 'espíritu de la casa'", en *Los empeños de una casa. Actores y redes en los inicios de El Colegio de México, 1940-1950*, Aurelia Valero Pie (ed. y coord.), El Colegio de México, México, 2015, p. 369.

<sup>12</sup> Cuestionario a Enrique Macías. Residencia de Estudiantes (BAL 27/10), citado en C. Villanueva, "Cronología. Jesús Bal y Gay (1905-1993); abriendo la ventana ignorada", en Carlos Villanueva (ed.), *Jesús Bal y Gay. Tientos y silencios (1905-1993)*, Madrid, Residencia de Estudiantes y Universidad de Santiago, Madrid, 2005, p. 71.

<sup>13</sup> Véase, por ejemplo, la serie de entrevistas recogidas por D. Plà Brugat, *El aroma del recuerdo. Narraciones de españoles republicanos refugiados en México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Plaza y Valdés, México, 2003.

<sup>14</sup> R. Halffter, "Crónica del traslado. Discurso de Ingreso a la Academia de Artes", *Pauta. Cuadernos de teoría y crítica musical*, 1, enero, 1982, p. 5.

<sup>15</sup> A. Iglesias, *Rodolfo Halffter (tema, nueve décadas y final)*, Fundación Banco Exterior de España, Colección Memorias de la Música Española, Madrid, 1991, p. 60.

<sup>16</sup> Integrado por Salvador Bacarisse, Fernando Remacha, Gustavo Pittaluga, Julián Bautista, Juan José Mantecón, Rosa García Ascot, Rodolfo y Ernesto Halffter. Sobre este grupo de músicos de Madrid son indispensables los trabajos de María Palacios. Véase especialmente M. Palacios, *La renovación musical en Madrid durante la Dictadura de Primo Rivera. El Grupo de los ocho (1923-1931)*, Sociedad Española de Musicología, Madrid, 2008.

<sup>17</sup> Entre otras tareas, dirige el medio musical representaron una recepción compositorun Departamento en la Subsecretaría de Propaganda y poco después asume la presidencia de la Comisión de Enseñanza Musical, dependiente del Ministerio de Instrucción

Pública y Bellas Artes. En Barcelona publica la revista *Música*.

<sup>18</sup> E. Casares Rodicio, "Introducción", a la edición facsímil de la revista *Música*, Residencia de Estudiantes, Madrid, 1998, p. 7.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 62.

<sup>20</sup> T. Ferriz Roure, "Estudio de España peregrina (1949). Una revista para la continuación de la cultura española en el exilio mexicano". Consultado el 10 de julio de 2016. <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc28076>

<sup>21</sup> C. Carredano, "La propaganda republicana en París. Adolfo Salazar, la Guerra Civil y Les Archives Espagnoles", *Cuadernos de Música Iberoamericana*, vol. 24, 2012, pp. 7-44.

<sup>22</sup> Sobre la polémica participación de Salazar en la Junta, véase F. Parralajo, *La política musical durante la II República española y sus fundamentos ideológicos (1914-1936): Adolfo Salazar y la Junta Nacional de Música*, Tesis Doctoral, Universidad de Salamanca, 2015.

<sup>23</sup> Carta de A. Salazar a A. y E. Halffter. México, D. F., 29-III-1940. Colección Manuel Halffter. *Adolfo Salazar. Epistolario...*, p. 479.

<sup>24</sup> F. V. Portela, "Adolfo Salazar. Crítico", *Selecta*, La Habana, 1938.

<sup>25</sup> Carta de A. Salazar a J. Bal y Gay, Madrid, 24-II-1936. Fondo Jesús Bal y Gay. Residencia de Estudiantes. Recogido en *Adolfo Salazar. Epistolario...*, p. 289.

<sup>26</sup> Moreno Villa relata la evacuación de Madrid del grupo de intelectuales que se habían refugiado en la Residencia de Estudiantes. J. Moreno Villa, *Vida en claro. Autobiografía*, Fondo de Cultura Económica, 1ª reimpresión, México, 1977.

<sup>27</sup> C. Carredano y C. Villanueva, *Manuel de Falla en el imaginario de dos músicos exiliados: Adolfo Salazar y Jesús Bal y Gay*, El Colegio de México, México (en prensa).

<sup>28</sup> Aspecto que Villanueva ha estudiado a profundidad. C. Villanueva, "Adolfo Salazar y la crítica musical. Las otras orillas", en *Música y cultura en la Edad de Plata (1915-1938)*, María Nagore et al. (eds.), ICCMU, Madrid, 2009, pp. 221-264.

<sup>29</sup> “El delegado del Gobierno de la República, Adolfo Salazar, habla de los artistas españoles. La exposición de Estocolmo”. (Escrito a lápiz: 3-6-937). AGL.

<sup>30</sup> Carta de A. Salazar a F. M. Miñana, París, 3-V-1937. AGL. Miñana era a la sazón subsecretario del Ministerio de Propaganda.

<sup>31</sup> Carta de L. Martín Echevarría a A. Salazar, Valencia, 3-IX-1937. AGL.

<sup>32</sup> En carta con firma ilegible (en papel membretado: “Redacción de *Alerta*. Por la Libertad y la Democracia. Órgano del Frente Popular Español de Puerto Rico”), San Juan, Puerto Rico, 29-IV-1938, AGL, en C. Carredano, “Adolfo Salazar: nuevo camino en tierras lejanas”, en *Allegro cum laude: estudios musicológicos en homenaje a Emilio Casares*, María Nagore y Víctor Sánchez (coords.), Madrid, Universidad Complutense, 2014, p. 491.

<sup>33</sup> Una cátedra de historia de la música en el Conservatorio y otra de literatura española en la Escuela Normal Superior, así como una columna fija en un diario de amplia circulación en Bogotá. C. Carredano, “Adolfo Salazar: nuevo camino en tierras lejanas...”, pp. 491-492.

<sup>34</sup> J. Bal y Gay y R. García Ascot, *Nuestros trabajos...*, pp. 117-118.

<sup>35</sup> C. Villanueva, “Jesús Bal y Gay crítico de *El Universal* (1939-1950): el manual del (casi) perfecto orteguiano”, en Consuelo Carredano, Olga Picún y M<sup>a</sup> Ángeles Chapa (coords.), *Huellas y rostros. Exilios y migraciones en la construcción de la memoria musical de Latinoamérica*, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México (en prensa).

<sup>36</sup> F. J. Garbayo, “Jesús Bal y Gay, *Ronsel* musical de la Galicia moderna”, en Carlos Villanueva (ed.), *Jesús Bal y Gay. Tientos y silencios (1905-1993)*, Residencia de Estudiantes y Universidad de Santiago, Madrid, 2005, p. 199.

<sup>37</sup> Carta de Rosita García Ascot a Manuel de Falla, 21-XII-1932. Fundación Archivo Manuel de Falla, Granada. Citada en C. Villanueva, “Cronología”..., p. 55.

<sup>38</sup> Director del Instituto de España en la Ciudad Universitaria de París.

<sup>39</sup> Oficio fechado el 14 de julio de 1938 y entregado a Bal por el cónsul mexicano en Londres. C. Carredano, “Donde las olas los llevaron. Una reflexión sobre la obra de Jesús Bal y Gay en México”, en Carlos Villanueva (ed.), *Jesús Bal y Gay. Tientos y silencios (1905-1993)*, Madrid, Residencia de Estudiantes y Universidad de Santiago, 2005; C. Villanueva, “Cronología”...

<sup>40</sup> J. Bal y Gay y R. García Ascot, *Nuestros trabajos...*, p. 117.

<sup>41</sup> R. M<sup>a</sup> Fernández, “El pensamiento político de Jesús Bal en *El Pueblo Gallego*”, en Carlos Villanueva (ed.), *Jesús Bal y Gay. Tientos y silencios (1905-1993)*, Madrid, Residencia de Estudiantes y Universidad de Santiago, 2005, p. 269.

<sup>42</sup> Citado en R. M<sup>a</sup> Fernández, “El pensamiento político de Jesús Bal en *El Pueblo Gallego*”, p. 270.

<sup>43</sup> C. Villanueva, “Jesús Bal y Gay, crítico de *El Universal*...”.

<sup>44</sup> C. Villanueva, “Cronología”..., p. 67.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 72.

<sup>46</sup> Carta de A. Salazar a A. y E. Halffter. México, D.F., 1-IV-1939. *Adolfo Salazar. Epistolario...*, p. 404.

<sup>47</sup> *Ibidem*.

<sup>48</sup> Carta de A. Salazar a P. Salinas, México, D.F., 19-VII-1939. *Adolfo Salazar. Epistolario*, p. 424.

<sup>49</sup> C. E. Lida, *La Casa de España en México*, El Colegio de México, México, 1983.

<sup>50</sup> *Ibidem*.

<sup>51</sup> *Ibidem*.

<sup>52</sup> *Ibidem*.

<sup>53</sup> Entre los que destaca la edición de *Romances y villancicos españoles del siglo XVI*

<sup>54</sup> A. Salazar, *Andrómeda. Bocetos de crítica y estética musical*, Cvltvra, México, 1921.

<sup>55</sup> S. Kahan, “Bienvenida a Adolfo Salazar”, *El Universal Gráfico*, 14-3-1939.

<sup>56</sup> J. Bergamin, *Don Lindo de Almería (1926)*, Nigel Dennis (ed. y pról.), Pre-Textos, Valencia, 1988, pp. 103-104. Citado en C. Carredano, “Hasta los verdes maizales de México”, p. 88.

<sup>57</sup> A. Perucho, “Ballet moderno en México (datos para la Historia)”, en *Nuestra Música*, II, núm. 8, octubre, 1947, pp.177-191; C. Carredano, “Hasta los verdes maizales de México. Rodolfo Halffter y *Don Lindo de Almería*”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 93, 2008, pp. 69-101.

<sup>58</sup> A. Salazar, *Música y sociedad en el siglo XX. Ensayo de crítica y estética desde el punto de vista de su función social*, Casa de España, México, 1939; A. Salazar, *Las grandes estructuras de la música*, Fondo de Cultura Económica, México, 1940; A. Salazar, *La rosa de los vientos en la música europea. Los conceptos fundamentales en la historia del arte musical*, Ediciones de la Orquesta Sinfónica de México, México, 1940.

<sup>59</sup> C. Villanueva aclara que fueron siete años y no uno, como lo indica Bal en sus memorias.

<sup>60</sup> La galería Diana tuvo entre sus logros la temprana difusión de la obra pictórica de Remedios Varo, también exiliada en México.

<sup>61</sup> Entrevista realizada en su casa en la Ciudad de México, el 5 de octubre de 2005.

<sup>62</sup> El *Homenaje a Antonio Machado*, obra para piano de Halffter, se publicó bajo ese sello editorial.

<sup>63</sup> I. Murga, “Republicanos españoles en la escena mexicana: música, danza y artes plásticas en el exilio”, en *Huellas y rostros. Exilios y migraciones en la construcción de la memoria musical de México y Latinoamérica*, C. Carredano, O. Picún et al (coords.), Instituto de Investigaciones Estéticas, México (en prensa).

<sup>64</sup> I. Murga, “Republicanos españoles en la escena mexicana...”.

<sup>65</sup> R. Halffter, “Crónica del trasladado...”, p. 14.

<sup>66</sup> *Ibidem*.

<sup>67</sup> Remitimos nuevamente al lector al citado trabajo de C. Villanueva, “Adolfo Salazar y la crítica musical...”.

<sup>68</sup> R. Halffter, “Apuntes autobiográficos”, en X. Ruiz Ortiz, *Rodolfo Halffter*, Cenidim, México, 1990, p. 37.

<sup>69</sup> Javier Garbayo analiza extensamente la trayectoria de Bal en la revista

*Ronsel* en el citado trabajo "Jesús Bal y Gay, *Ronsel* musical..."

<sup>70</sup> R. M<sup>a</sup> Fernández, "El pensamiento político de Jesús Bal en *El Pueblo Gallego*..."

<sup>71</sup> El grupo estuvo conformado por los mexicanos Carlos Chávez, Blas Galindo, José Pablo Moncayo y Luis Sandi; y por Bal, Salazar y Halffter.

<sup>72</sup> J. Bal y Gay y R. García Ascot, *Nuestros trabajos*..., p. 121.

<sup>73</sup> Carta de A. Salazar a A. y E. Halffter, México, D.F, 1-IV-1939. *Adolfo Salazar. Epistolario*..., pp. 400-401.

<sup>74</sup> Carta de A. Salazar a A. y E. Halffter, México, D.F., 7-VIII-1939. *Adolfo Salazar. Epistolario*..., p. 429.

<sup>75</sup> G. Dreyfus-Armand, "Diversidad de retornos del exilio de la Guerra Civil española", en *Historia Social del*

*movimiento obrero. Retornos (de exilios y migraciones)*, Cuesta Bustillo, J. (coord.), Fundación Largo Caballero, Madrid, 1999, pp. 149-159.

<sup>76</sup> Carta de A. Salazar a E. Halffter, México, D. F., 3-XII-1945. *Adolfo Salazar. Epistolario*, p. 452.

<sup>77</sup> Carta de A. Salazar a A. Reyes, París, 19-V-1949. *Adolfo Salazar. Epistolario*, p. 711.

<sup>78</sup> Carta de A. Salazar a C. Chávez, Hendaya. 25-V-1949. *Adolfo Salazar. Epistolario*, p. 712.

<sup>79</sup> A. Sánchez Vázquez, *Del exilio en México. Recuerdos y reflexiones*, México, Grijalbo, 1997, p. 36.

<sup>80</sup> C. Carredano, "Donde las olas los llevaron..."

<sup>81</sup> C. Villanueva, "Cronología"...

<sup>82</sup> A. Iglesias, *Rodolfo Halffter*..., p. 69.

<sup>83</sup> *Ibíd*em, pp. 178-179.

<sup>84</sup> *Ibíd*em, p. 128.

<sup>85</sup> El 28 de marzo de 1963, Jaime M. de Orense, Secretario de Embajada en la Representación de España en México, comunica a R. Halffter el certificado de autorización de entrada al país. *Ibíd*em, p. 177.

<sup>86</sup> A los festivales de América y España se suceden otros festivales y cursos: Semana de Música Religiosa de Cuenca, Festival Internacional de Música y Danza de Granada, Cursos Internacionales Manuel de Falla, Cursos Universitarios de Música en Compostela.

<sup>87</sup> *Ibíd*em.